
SEAL OF THE UNIVERSITY OF TEXAS
PRAESIDIUM
DISCIPLINA
CIVITATIS

Canto á José Martí.

Por

José Peón y Contreras.

903.

CANTO Á JOSÉ MARTÍ.

CANTO

Á

JOSÉ MARTÍ

POR

José Peón y Contreras



HABANA

IMPRENTA AVISADOR COMERCIAL

30, AMARGURA 30

1903

A mis amigos

de la

Ciudad de la Habana.

DOS PALABRAS

Esta serie de estrofas no significan más que un homenaje de mi corazón á la memoria de José Martí.

¡Qué homenaje tan humilde!

El patriota infatigable, el genial poeta, el hombre honrado y sin mancilla, el cumplido caballero y el amigo de corazón leal, merecería algo más digno que esto, algo que pudiera alzarse hasta su frente, para colocar

en ella inmarchitable laurel y mirto duradero.

Y á pesar de todo, á despecho de mi insuficiencia, un impulsivo sentimiento me dominó desde la misma hora que escuché la fatal noticia de su trágico y glorioso fin. Sentí la necesidad, el ardiente deseo, de llevar al pie de ese invisible monumento que la Nación más joven del mundo dedica á su memoria, monumento que tiene su base en los corazones republicanos; de llevar, digo, esta sencilla ofrenda de mi admiración al héroe, de mi entusiasmo al poeta y de mi cariño al hombre.

José Martí y yo fuímos amigos en la época en que corría aquella década, que en los anales de Cuba será glorificada siempre, aquella década que pasó dejando un reguero de san-

gre y de lágrimas desde Yara hasta el Zanjón.

¡Qué infortunio y qué desdicha para todos!

En aquel tiempo, México era aún presa de la anarquía, de ese monstruo, fruto de incesantes revoluciones, de contínuas guerras y torbellinos potíticos. Entonces, yo suspiraba por la regeneración de mi Patria y Martí por la Independencia de su Cuba!

Yo, más afortunado que él en este punto, he visto crecer y desarrollarse el árbol de la Paz, fecundo y pródigo en bienes, plantado allí seguramente por un hombre extraordinario, excepcional, elegido de la Providencia, y á cuya sombra todo germina, todo es hermoso, todo grande y todo bueno!

Martí no vió enarbolada en las al-

turas, bajo el espléndido cielo de esta Isla de sus ensueños más puros, la bandera augusta de las libertades, que empuñó, sin rencores, *para emanciparla; no vió brillando en lo alto la* solitaria estrella *que fue para él como Sol que alumbraba su existencia, que daba calor, impulso y brío á la sangre de sus venas, valor indómito á su pecho y llama y luz de genio á su calurosa y eximia fantasía!*

No la vió; pero allí está fulgurando sobre su tumba, sobre su nombre, sobre su gloria y sobre su fama, vencedora de los tiempos!

José Peón y Contreras.

Habana 24 de Septiembre de 1903.



JOSÉ MARTÍ.



CANTO

Á

JOSÉ MARTÍ

I

Yo te miré llegar un triste día,
á do la patria mía
te dió un albergue insólito y sencillo;
yo te miré llegar proscrito, errante,
trayendo en el semblante
de tu lozana juventud el brillo.

II

Nada más que la tersa y transparente
palidez de tu frente,
me advirtió de tu estrella los rigores,
al reflejar, como anublado espejo,
el tétrico bosquejo
de la imagen letal de tus dolores!

III

Después vinieron pavorosas, frías,
las lentas y sombrías
horas del infortunio y la pobreza,
cuando se llena el alma de temores,
y el pecho de rencores
y de lúgubres sombras la cabeza!

IV

Te ví entonces luchar enardecido,
como titán herido,
contra los rudos golpes de la suerte,
huyendo con horror la mano presta,
de la copa funesta
en que su eterna paz brinda la muerte.

V

¡Oh amarga soledad! ¡Oh amargo llanto!
Ni un suspiro, ni un canto
que alivie la mortal melancolía;
¡ni una flor, ni un arbusto, ni una palma,
en la noche del alma
que no fenece ni á la luz del día!

VI

Entonces pude contemplar, de cerca,
esa lágrima terca
que el párpado humedece en el destierro,
y que pugnaba por salir de lo hondo
del misterioso fondo
de tu blindado corazón de hierro!

VII

Te ví unas largas noches de vigilia,
tornar á la familia
la vista, henchido de filial ternura,
pidiendo á Dios en caluroso ruego,
ó para ella el sosiego,
ó para tí la muerte ó la locura.

VIII

Al fin te abrió sus templos el trabajo,
su ofrenda, su agasajo,
te brindó la amistad honrada y franca,
y el ángel de piedad y de consuelo,
desde el azul del cielo,
te dijo: "espera," con su mano blanca!

IX

No doró tus labores la opulencia!
Le diste á tu conciencia
brisas que aspira con deleite el pecho;
á tus padres hogar que honró sus canas,
cubriendo á tus hermanas
la sombra augusta de su limpio techo!

X

¿Y eras feliz? ¡Ah no!... La imagen pura
de tu Patria, en obscura
sombra envolvía el porvenir esquivo...
¡Oh! Si Amor en sus alas te trajera
su frase lisonjera,
su magia y su deleite y su atractivo!

XI

¡Y vino Amor! Y viste á los reflejos
de su luz, desde lejos,
¡ay! que una flecha á su carcaj faltaba;
del arco del dios niño desprendida,
te hirió, con dulce herida,
cuando tu corazón no lo esperaba!

XII

Como sobre el botón de fresca rosa,
la alada mariposa
busca la miel guardada en cáliz de oro,
así tu pensamiento, rico en galas,
batió las leves alas
sobre una rosa, de beldad tesoro!

XIII

Rica gota de miel, néctar, perfume
que nunca se consume,
ocultaba purísima y gallarda;
¡cuánto raro deleite peregrino!;
¡cuánto encanto divino
en las primicias del amor se guarda!

XIV

Qué halagos, qué delirios y qué dudas
en las caricias mudas
de la amante efusión de la conquista:
la frase torpe, el labio balbuciente,
y la ilusión enfrente...
!Cuánto gozó tu corazón de artista!

XV

Con escénico arte, hirió tu anhelo
aquel querub del cielo,
con formas de mujer arrobadoras;
y te hallaste, de pronto, sorprendido,
vencedor y vencido,
entre las redes del amor traidoras!

XVI

¡Oh cuán dulces traiciones! Mal apenas
de doradas cadenas
se oían los dulcísimos rumores;
¡bienhadada prisión en donde el preso,
en cada ardiente beso
fragua un nuevo eslabón á sus amores!

XVII

¡Ella ocupó tu corazon sensible!
su magia irresistible
acrecentó su llama y su violencia,
y algún injusto celo, advenedizo,
le dió calor y hechizo
á aquel hermoso amor de tu existencia.

XVIII

Templaste de tu lira de diamante
la cuerda más vibrante,
la más alegre y sonorosa y tierna,
y resonó tu voz y, en limpio acento,
se oyó volar al viento
en ritmos varios la canción eterna!

XIX

La canción del amor, que jamás muere,
que los sentidos hiere
oculta en nueva forma y nuevo aroma,
con misteriosa frase nunca oída,
por ende convertida
en celestial desconocido idioma!

XX

Estático admirabas su hermosura,
con la pueril ternura
y el desparpajo del primer cariño;
al mirar sus mejillas y sus dientes
blancos y transparentes,
sus negros ojos y su piel de armiño.

XXI

¡Cómo tu joven corazón saltaba
cuando el concurso daba
frenéticos aplausos á su genio,
¡cuando, ella de sus ojos expresivos,
te enviaba fugitivos
relámpagos de amor, desde el proscenio!

XXII

Relámpagos de amor tan limpio y puro
como el agua que el duro
peñón, por vez primera, rompe y brota
y corre y, siempre tersa y transparente,
diluvioso torrente,
de lo alto baja y la llanura azota!

XXIII

¡Oh amor! ¡Oh divo amor! ¡Y quién creyera
que tu existencia fuera,
con tanta vida y brillantez, tan breve
como luz de centella, como llama
que fuego fatuo inflama,
¡como rayo de sol que arde en la nieve!

XXIV

¿Enmudeció, gimiendo, el arpa de oro?...
Dejaste tu tesoro
en aquel escenario tan querido.
¡Se borró la visión! ¡Y el loco empeño
se hundió como un ensueño
en la sima profunda del olvido!

XXV

¿Aquello fue una racha pasajera?
¿un iris en la esfera?
¿dorada nube que arrebata el viento?
¿un ensueño de gloria y poesía
que creó la fantasía
en un vuelo fugaz del pensamiento?

XXVI

Pasó...! Y otra ilusión vino, entretanto,
trayendo nuevo encanto
de hechizos, de sonrisas y de flores;
y otra vez, á la vera del camino,
la llave del destino
abrió tu corazón á los amores!

XXVII

¡Y abrió la puerta de un hogar! Avara
la dicha, al pie del ara,
tu suerte á otra para siempre anuda,
y de nuevo aparece, ante tu vida,
de tu patria afligida
la enhiesta efigie demandando ayuda!

XXVIII

Y escuchaste su voz y el dulce acento,
sagrado mandamiento,
ineludible ley, llegó á tu oido;
y te fuiste muy lejos, como el ave
que de otros mundos sabe,
hacia otros campos á colgar tu nido!

XXIX

¡No supe más de tí! Ni si viviste
más dichoso, ó más triste
en horas de dolor y amargo lloro;
supe sí, que vivías donde encierra
sus portentos la tierra,
y es sin tiempo el amor y el tiempo es oro!

XXX

Donde la Libertad tuvo una cuna,
que meció la fortuna
con brazos poderosos y gigantes;
supe que allí, como antes, no dormías
y soñando vivías
en tu Cuba infeliz, lo mismo que antes!

XXXI

Que en cualesquier lugar, por donde quiera
que la planta ligera
te llevaba al deleite ó al trabajo,
una luz, una estrella, un sol, un cielo,
contemplaba tu anhelo
ante tí, trás de tí, arriba, abajo!

XXXII

Supe que, devorando humanos lazos,
abrió sus yertos brazos
una vez más la tierra silenciosa,
y henchido el corazón de llanto y luto,
el fúnebre tributo
de tu padre, llevastes á la fosa!

XXXIII

Por inmutables leyes de la esfera,
los años en ringlera
fueron cayendo en su insondable abismo;
mas, en tu corazón, cada año nuevo,
sentías el renuevo
del laurel inmortal del Patriotismo!

XXXIV

¡Cada vez más erguido y más lozano,
regado con tu mano,
regado con tus lágrimas ardientes,
sus hojas ostentábanse más bellas,
para ceñir con ellas
la sien viril de las cubanas frentes!

XXXV

Las frentes de insurrectos denodados,
de innúmeros soldados
que engendraron tu angustia y tus deseos,
ejércitos inmensos que, en tu mente
forjados solamente,
alimentaban ¡ay! tus devaneos!

XXXVI

Y oiste en tus delirios cómo estalla
el campo de batalla,
al tonante rugir de cien cañones;
y los gritos del triunfo y de la brega,
que al exterminio entrega
chozas, palacios y hombres y bridones.

XXXVII

Y eso te parte el corazón que gime,
y el aire que te oprime
con polvo y fuego y humo te sofoca,
y declinas la frente árida y mustia,
¡y tan bárbara angustia
palabras de piedad dicta á tu boca!

XXXVIII

Que, aun soñado, el fragor de la pelea
y la sangre, que orea
el sol, entre cadáveres sangrientos,
sólo terror y malestar inspira,
al que en la blanda lira
cantó no más ternura y sentimientos!

XXXIX

Eso llegué á saber de tu existencia;
deploraba tu ausencia,
tu amistad recordando y tu cariño,
que no es común hallar en cualquier parte,
ayuntados, el Arte
y un alma de hombre en corazón de niño!



XL

Transcurrieron más días y más años,
y entre propios y extraños
continuamos por sendos derroteros,
hasta que plugo á Dios que, un rato breve,
que así la dicha llueve,
volviéranse á juntar nuestros senderos.

XLI

Lo ví llegar en la ferrada vía:
de incógnito venía
á la dudosa luz de las estrellas;
yo lo miré llegar proscrito, errante,
trayendo en el semblante
de su marchita juventud las huellas.

XLII

Fuímos en Veracruz aquella noche!
Rompió su negro broche
la tempestad sobre la mar bravía,
y un rayo iluminó desde la altura,
en la tiniebla oscura,
la frente de Martí junto á la mía!

XLIII

Un no se qué de varonil y altivo,
de grande y sugestivo,
ví en sus ojos cual lumbre que fulgura,
un algo del imán con el acero;
¡algo en su ser entero
de inconsciente atracción y de ternura!

XLIV

Estaba frío como el mármol. Era
su color, de la cera
que ha blanqueado la luz del sol ardiente;
tenía el rostro rígido de un muerto,
cuando entramos al puerto
la mirada eludiendo de la gente.

XLV

¡Martí no era Martí! Poeta ardiente
de inspiración valiente,
de esa que nunca en el dolor se agota!...
¡Era el alma de un Pueblo y su conciencia!
¡Era una Independencia
encerrada en el alma de un patriota!

XLVI

Era un alto Deber que se movía,
porque cumplir debía
misteriosos designios de los hados;
la predestinación que lo empujaba,
en brazos le arrojaba
de sus fieles amigos conjurados!

XLVII

Sí, sus amigos, los que, en tierra ajena,
arrastraron su pena
y el pan del infortunio conocieron!
¡Los que á su Cuba, cariñosa y pía,
han de volver un día
pensando ¡ay, Dios! en los que no volvieron!

XLVIII

Le esperaban allí! Y de un convento
en el amplio aposento,
iba de su oratoria á hacer derroche;...
yo me detuve en la ruinosa puerta,
para ellos sólo abierta,
y él me dijo al entrar:—«A media noche.»—

XLIX

Y á media noche fuí! El, solo, pálido,
aquel ambiente cálido,
apenas casi respirar podía,
estremecido aún por el discurso
que conmovió al concurso
que al orador, frenético, aplaudía!

L

Se ahogó nuestro saludo en la garganta;
miré su faz y ¡oh cuánta
serenidad se contemplaba en ella!
Mas contrastaba su expresión tranquila,
la luz que en su pupila
irradiaba fulgores de centella!

LI

Luego de ardiente y cariñoso abrazo,
hablamos corto plazo
de tan inesperado regocijo...
y, después de un nervioso movimiento,
con vario y firme acento,
eco del corazón, así me dijo:

LII

—"Tiempo hace ya que vivo en una idea!
Mi actividad se emplea,
de obstáculos y escollos á despecho,
en darle forma y extensión y vida...
¡Es mi ilusión querida!
¡Sólo por ella latirá mi pecho!

LIII

Ya aquellos tiempos de placer pasaron,
sus ídolos rodaron
y cayeron en trizas y en pedazos;
hoy ni otro amor, ni adoración, ni nada,
¡no más mi Cuba amada!
¡Quiero morir dichoso entre sus brazos!

LIV

Huyan las noches de martirio mudas...
huyan amargas dudas...
¡al fin la cima, tan soñada, toco!
Es hora ya de que amanezca el día,
¡y hay muchos todavía
que piensan que deliro y que estoy loco!

LV

¡Ah! No imaginan los que piensan eso,
á qué mortal exceso
de desesperación y de amargura,
mi espíritu valiente reducían...
¡Ellos no comprendían
toda la excelsitud de mi locura!

LVI

De esa locura que el dolor exalta
cuando la Fe le falta,
cuando su llama oscila en la conciencia;
cuando su luz y la tiniebla luchan,
y en derredor se escuchan
frases que emponzoñó la reticencia!

LVII

Mas yo seguí la brega, sin descanso,
como el arroyo manso
que se abre paso imperturbable y frío,
y un manantial tras otro al curso allega,
hasta que al mar se entrega
trocado, al fin, en caudaloso río!

LVIII

Yo voy como él llevando los caudales
de ricos manantiales
de patriotismo y fe que hube á mi paso,
é irán sus esperanzas con las mías,
á do en remotos días
un sol de Libertad se hundió en su ocaso!

LIX

¡Pronto ese sol resurgirá, en Oriente,
al grito prepotente
de un pueblo que se lanza á la pelea!
Que tiene, unificado en el tormento,
un solo pensamiento,
un estandarte, un arma y una idea!

LX

Yo le daré mi afán, mi voz, mi vida;
yo sé que está rendida
como leona, en su cubil, inerte;
mucho tiempo, esperando, se ha dormido...
¡Ay del ronco rugido!
¡Ay cuando al cabo, airada, se despierte!

LXI

¡Oh, quién pudiera derribar el muro
que el porvenir obscuro
esconde, inicuo, á la mirada ansiosa;
para saber si, al fin, llegará el día,
¡oh bella patria mía,
en que te mire huérfana y dichosa!

LXII

Es tiempo ya de que la madre altiva
que te arrulló, cautiva
siglo tras siglo, en su real regazo,
sola te deje y, á la luz y al viento,
en un feliz momento
el nudo rompa al poderoso lazo.

LXIII

Ella aprendió en un tiempo torvo y serio,
tras largo cautiverio,
cómo el dolor la esclavitud prolonga;
y cómo, con espanto de la tierra,
un genio de la guerra
le dió su libertad en Covadonga!

LXIV

En lapachar sangriento, su fortuna
perdió la grey moruna,
su vasto Imperio, su soberbio escudo;
y vinieron á tierra las almenas,
y las rotas cadenas,
al golpe heróico de valor sañudo!

LXV

Así Cuba, mi Cuba idolatrada,
quiere otra vez, airada
cual ave presa, remontar el vuelo.
¡Quiere ser libre! Izar en donde quiera
al viento su bandera,
bajo el zafir de su esplendente cielo.

LXVI

Nunca ha de ser á su progenie extraña,
mientras exista España,
mientras sea su lengua la española;
pero quiere, si el hado la liberta,
sentirse sola y suelta
como, al rugir del huracán, la ola!

LXVII

Por ella, sin temor, sin paz ninguna,
tal vez desde la cuna,
anduve audaz entre breñales rudos
y estrecho pedregal, como el viajero
que el áspero sendero
camina á obscuras, con los pies desnudos!

LXVIII

Por ella he mendigado obscurecido,
y el oro recogido
de lugar en lugar, de mano en mano,
trocado ya en bagajes y pertrechos
y murallas de pechos,
será mi orgullo en el combate humano!

LXIX

Por ella fustigando mi ardimiento,
yo le daré á mi acento
la entonación del trueno, fragorosa;
siempre estaré donde el deber me llame,
y haré porque derrame
frutos de paz la rebelión forzosa!

LXX

Siempre estaré donde la fría y ruda
vacilación, acuda
á amenguar el espíritu guerrero;
haré que mi palabra en el combate,
más que el acero mate...
¡Y si es preciso, empuñaré un acero!"—
....



LXXI

Cuba! ¡Oh, Cuba! regazo de las Hadas
que surgieron aladas,
de lo profundo de la mar contigo,
para bordar tus campos de colores,
de palmas y de flores,
de tus cerros azules al abrigo!

LXXII

Hadas que hacen mayor tu simpatía,
en cada nuevo día
que dora el sol ardiente tus llanuras,
y dora de tus cumbres la diadema,
y fecundiza y quema
y recama las eras de verduras!

LXXIII

Hermosa que sumerges la ancha falda
en olas de esmeralda,
que el ceñidor de tu cintura lamen,
y cantan tus prodigios hechiceros,
para que los viajeros
de tu beldad se admiren, y te amen!

LXXIV

Para que les deleite tu decoro,
y el múltiple tesoro
que en tu extensión vastísima se encierra;
dehesas, ingenios, sitios de labranza,
en donde la esperanza
sus promesas espléndidas soterra.

LXXV

¿Quién pudo no admirarte ó ha podido
echar en el olvido
el misterioso encanto que te alienta?
¡Bendiga Dios el mágico amuleto
con que tu amor discreto
embarga el corazón sin que lo sienta!

LXXVI

En qué caliginosos breves días
el sol tus alquerías
baña y el campo en vivos resplandores,
mientras cuida el pastor de su ganado,
y canta en el cercado,
y canta la torcaz en los alcores.

LXXVII

En qué noches tan tibias y tan bellas,
la luz de las estrellas
alumbra tus nocturnos panoramas:
una luna en el cielo otra en el río,
la luz en el bohío,
y la sombra en los nidos y en las ramas.

LXXVIII

¡Cuánta belleza deslumbrante y rica!
¡Cómo se centuplica
con la imaginación tanta hermosura!
Porque arroba su hechizo, porque el pasmo,
despierta el entusiasmo
rayano en el delirio y la locura!

LXXIX

¡Todo es inspiración! Cuba, no sabes
por qué como las aves,
cantan tus bardos sin saber que cantan,
porque nacen de tí, de tu armonia,
porque eres poesía,
y con ella en tu seno se amamantan.

LXXX

Porque en tu seno viven y en él crecen,
y allí los adormecen
brisas aladas que en tus selvas nacen,
y duermen al compás de esos acentos
que roban á los vientos
las olas que en tus playas se deshacen!

LXXXI

Los rítmicos rumores de tus palmas,
se esconden en sus almas
lo mismo que el perfume en las violetas,
y después de que sueñan que han dormido,
les hablas al oido,
y despiertan... y cantan!... ¡Son poetas!

LXXXII

¡También Martí!... Tú, Cuba, tú le diste
la melodiosa y triste
arpa divina, que llamó su gloria,
¡en ella delirante de ternura
soñó con la locura
del Génio, tu grandeza y tu victoria!

LXXXIII

¡Oh, Numen de Martí! Dame la lira,
que aún gime y aún suspira
la última estrofa de su sino adverso,
para que, de su vida, cante en ella,
la página más bella,
escrita con su sangre, al universo!

LXXXIV

Aquella lira, Cuba, en que traía,
cuando á verte volvía,
esa fe que no teme ni desmaya,
pues con ella en la mano, enternecido,
te saludó, atrevido,
la vez postrera que saltó á tu playa.

LXXXV

¡Ay! cuánto gozaría en tu presencia
tras de tan larga ausencia,
y cuán maravillado y qué confuso
de dicha tanta, al ver en tu levante,
subir al sol brillante
que en su imaginación jamás se puso!

LXXXVI

¿Acaso de tu amor haciendo alarde,
aquella misma tarde,
te juró que por tí sucumbiría?
¿Él presintió su desventura, acaso,
cuando miró en ocaso
hundirse el sol de tan hermoso día?

LXXXVII

Tal vez en un instante, que un momento
le basta al pensamiento
para rehacer un siglo en la memoria,
recorrió su niñez y una por una
las horas sin fortuna,
que ligaron su historia con tu historia!

LXXXVIII

De Plácido, tal vez, se acordaría
y de la suerte impía
del rey de bardos, divinal Zenea,
y ensalzó los laureles inmortales
de entrambos ideales,
que sólo el Arte en sus prodigios crea!

LXXXIX

Acaso de su alma partió un grito
que voló al infinito,
en donde el plazo del dolor expira,
y allí te contempló cual si te viera,
Cuba, por vez primera!...
¡Y por última vez templó su lira!

XC

Y dilató por tu horizonte inmenso
su espíritu, suspenso
en el recuerdo de pasados días,
y comprimió su lira dulcemente:
¡y se llenó el ambiente
de suaves y de tiernas melodías!
....

XCI

Al terminar sus últimas canciones,
veló el arpa en crespones
y la arrojó sobre la madre tierra...
Y sonriendo, al mirarla hecha pedazos,
cruzándose de brazos
lanzó un suspiro...¡y se partió á la guerra!



XCII

Y la guerra se alzó, torva y robusta,
agitando su augusta
republicana enseña por el aire;
y rebramó su poderoso acento,
que recorrió, violento,
tus marinos confines desde Baire!

XCIII

¡La voz solemne por doquiera cunde:
en llamas se difunde
y de tus bravos hijos centelléa
con bélico fulgor en sus pupilas...
¡Y en las nacientes filas
surge el ansia que mueve á la pelea!

XCIV

El campo de labor ya está desierto,
y el cafetal y el huerto,
y acéfalas la choza y la cabaña;
llena está de soldados la llanura
y en la agreste espesura
llena está de soldados la montaña!

XCV

¡Son los guerreros de la antigua brega:
la Patria les entrega
su porvenir de nuevo, tan sombrío!
Y los reclutas que á la lucha vienen,
porque en la Patria tienen
puestos su corazón y su albedrío!

XCVI

Y con ellos Martí! Su voz resuena
y los espacios llena
y aliento y brío por doquiera cobra...
¡Ya es un hecho la lid, la lucha un hecho,
y respira su pecho
y se dilata al contemplar su obra!

XCVII

Su obra perdura ¡su obra gigantesca!
¡Qué mucho que aparezca
á sus ojos magnífica y sublime,
si há tiempo que es por ella su tormento!
Su solo pensamiento:
cómo la salva y cómo la redime!

XCVIII

Los bosques cruza, con temor acerbo,
cual acosado ciervo
que oyó el pisar de cazador furtivo,
y arisco, astuto, con el ojo alerta,
por la ruta desierta
avanza el paso cauteloso y vivo!

XCIX

Con unos cuantos, entre niebla obscura,
camina á la ventura
por abrojoso y pérfido terreno;
ilumina el relámpago sus frentes,
y la lluvia á torrentes
cáe al zumbar del pavoroso trueno!

C

Nada aquel múltiple organismo arredra:
los cuerpos son de piedra,
las almas son valor y atrevimiento;
la fé, la luz que alumbra su camino,
y la muerte, el destino
¡que los lleva, derecho, al campamento!

CI

En él Martí se encuentra á sus amigos,
de su valer testigos,
y de ellos loor y parabién recibe.
Él los arenga y en sus pechos labra
su mágica palabra,
¡un mundo que al papel no se transcribe!

CII

De sus trémulos labios, como hirviente
caudaloso torrente,
deja que el entusiasmo se desborde,
y es, á veces, su acento pavoroso
y rudo, ó armonioso
como las dulces notas de un acorde!

CIII

Los ánimos conmueve, comunica
su ardor, que centuplica
el civismo y la fe de aquellas almas,
y se estrechan las manos, y asegura
lo que la boca jura,
el apretón de sus ardientes palmas.

CIV

Más tarde el amplio campamento dejan,
y rápidos se alejan
por abruptos senderos, descuidados.
Después de ruda marcha se detienen,
y en acampar convienen
para dar un respiro á los soldados.

CV

Aquel sitio renómbrase «Dos Rios»
ni torvos ni sombríos
son sus feraces campos de verdura,
campos que en breve ensalzarán la fama,
en el trágico drama
de una heroica existencia, sin ventura!

CVI

La aurora en el Oriente se aparece
brillante, y amanece
y el himno eterno la creación escucha;
Mas, súbito, se oyó la voz de alarma,
y el brazo busca el arma,
y se dispone el ánimo á la lucha.

CVII

Arriba el sol de Mayo, en pleno día,
su lumbre á plomo envía
y en la selva y el monte reverbera;
la tropa, abajo, en una masa sola,
como acerada ola
se desenvuelve al pie de su bandera!

CVIII

Sobre un blanco corcel que tasca el freno,
está Martí sereno...
¡Por la primera vez allí se bate!
Se asoma á su semblante el regocijo:
¡va por la madre el hijo
á derramar su sangre en el combate!

CIX

Vienen con el contrario la arrogancia
y el valor!... La distancia
se acorta más y más cada momento...
¡Llegó por fin la codiciada hora!
¡Y un punto, soñadora,
vuelve Martí la vista al firmamento!

CX

¡Oye un clarín! Su corazón palpita,
al bruto precipita,
el labio aprieta, su corage estalla,
y un ímpetu violento lo enágena...
La voz de mando suena,
¡y corre denodado á la batalla!

CXI

Y avanza, avanza poderoso ariete...
Avanza y arremete...
¡Ciego vá en pos de su implacable anhelo!
Sobre el tropel del enemigo carga..
Y oyóse una descarga,
¡y rodó su cadáver por el suelo!

Habana 24 de Septiembre de 1903.

